

# Los juegos del fénix

Josu Landa

No me demoraré en lo que todos sabemos: que el fénix es el pájaro de fuego capaz de autoconsumirse y consumirse en una muerte que de inmediato abre paso a la vida, que es el ave de la resurrección y de cualquier otra forma de la inmortalidad, que su simbólica nutre el imaginario de las más importantes culturas no sólo en Occidente, que es una referencia rica en extremo para quienes juegan con fuego, sea en la alquimia de los elementos sea en la de la palabra.

En el caso de este libro de poemas de Gabriel Weisz, el juego empieza desde el color mismo de las tapas: ese rojo encarnado, tan propio de las representaciones conocidas del fénix, que puede terminar convirtiendo al volumen mismo en un pájaro que intente volar de nuestras manos, envuelto en llamas.

Por lo demás, el cuerpo de esta ave es un haz, un juego, de más de cincuenta poemas, cuyo signo distintivo es la imagen y el órgano que con mayor énfasis interpela es el de la visión. Cada uno de los textos que integran *Fuegos del fénix* es una especie de pintura, donde el lector-espectador observará formas transfiguradas de objetos presentes, fantasías plásticamente inventadas, historias de la memoria y los sueños.

Con estos poemas, el autor de libros como *Dioses de la peste* ofrece el fruto de una reinención del mundo en clave descarnadamente simbólica. Obra de una “prestidigitación de la mente”, como podría llamarse a esta poética, con expresión tomada de los propios versos de Weisz (p. 45), *Fuegos del fénix* es un tesoro abun-



doso de figuraciones insólitas, así como de presencias y huellas surreales. “Colmillos expuestos, / hieren el cuello de los coriandros”, según el final del poema titulado “Díspora troyana”. Un “enorme recipiente”, visto como “corcel blanco cortando las olas pétreas”, habita en el poema “Quietud del caballo”. O como sucede al comienzo de “Asfixia”: “Estallido de arrecifes de cloroformo. / Vampiros aeróbicos revolotean”. Éstos son sólo tres ejemplos de lo dicho, extraídos de un auténtico océano de tropos fantásticos.

Pe ro no se trata de un caos de imágenes sin conexión. Estos poemas de Gabriel Weisz, por lo general, muestran personajes asociados a objetos determinados y en situaciones concretas, en el entendido, claro está, de que toda esa tríada: perso-

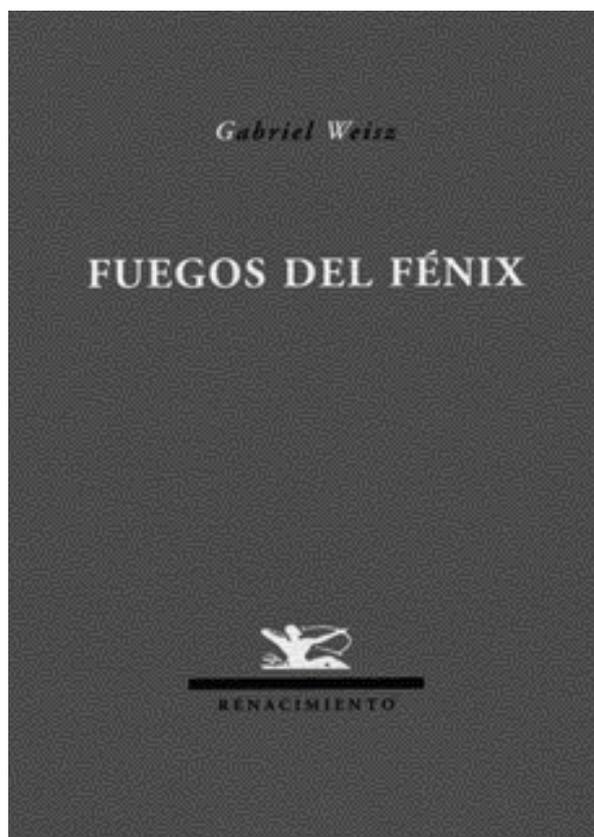
naje, objeto y situación articulan una presencia clara, rotunda. So r p rende comprobar cómo el poeta logra hacernos ver todas sus literalmente extra-ordinarias figuraciones, por mucho que desafíen de manera acerba el principio de razón; acaso porque son un verdadero atentado contra este principio. En realidad, tal vez esto es posible por la voluntad de forma que subyace en los textos incluidos en *Fuegos del fénix*. Hablar de “forma” equivale a referir, como mínimo, una estructura y unos límites, unos bordes. La composición, al modo como la ejercita Weisz, consiste en un juego con ciertos elementos, sobre la plataforma armada a base de las artes de la descripción, la narración, la acumulación obsesiva de imágenes y la resolución de un desenlace la mayor parte de las veces abierto. La velocidad con que casi siempre se concreta este *tandem* de movimientos parece sustentarse en la brevedad de las estrofas: mayormente alíge ros pareados y tercetos, aunque no faltan poemas como “Dama de mucielagos”, en los que la disposición de los versos recurre a bloques de mayor amplitud y de aliento más expansivo. En realidad, la disposición estrófica de los textos de Weisz, en este libro, responde mayormente a una bipartición o tripartición de oraciones concisas y contundentes, de una plasticidad lapidaria.

Los elementos que dinamizan y dan consistencia a esas operaciones poéticas son las asociaciones inesperadas de animales con cosas o de objetos con objetos (como en el caso de “pastel de querosén”,

por ejemplo, p. 41), ciertos seres en algún grado antropomórficos asombrosamente vinculados a objetos del mundo natural, las metáforas salidas de madre y, sobre todo, las prosopopeyas: las personificaciones de entes de la más diversa índole. Todo el juego creativo a su modo alquímico, que está en el fondo de esas presencias en la página en blanco, descansa totalmente en la palabra. Claro está, en la palabra densamente cargada de una simbólica que, de muchas maneras y en diversos grados, se ha asentado firmemente en la subjetividad de la gente, en la interioridad de sus potenciales lectores. Weisz recombina de forma estéticamente efectiva las sustancias de ese universo simbólico. En ese sentido, no dice, no significa, nada propiamente nuevo, pero sí ofrece un modo original, único, de sacar a la luz lo que todos traemos dentro.

Así, se entiende que podamos sintonizar con un terceto como éste, que dice “Inseminado por / la abnegación coralígena / de un susurro coránico” y muchos más, de similar factura, en *Fuegos del fénix*.

Pe ro también hallamos en el libro de Weisz momentos en los que se impone la reivindicación del verbo en sí, en sus avatares más ajenos a los usos de lenguaje comunes. No es seguro que se trate del simple gusto del poeta por ciertas palabras ni, mucho menos, de un regodeo en su simple extrañeza o en sus resonancias fonético-significativas. Más bien, se diría que ese



recurso contribuye a enriquecer el universo significativo que constituyen los poemas de *Fuegos del fénix*, en la medida en que se dirige a ejercer una presión contra los límites del sentido. Es el caso de vocablos como “andorrero”, “probóscide”, “vulpina”, “derrelicto”, “herventado”, “alípede”, “tarsal”, “giróstato”, “mome-ro”, “cóptico”, “simulacra”, “carmínea” y otros.

No se debe omitir, además, que ese manejo de la palabra y esa forma de activar lo simbólico no es precisamente inocuo. La lectura de los poemas de Weisz es toda

una experiencia, en el sentido de que altera con fuerza nuestra interioridad. Lo prueba, por caso, entre otras presencias, la reiteración con que aparecen ciertas turbadoras expresiones relativas a las imágenes del dedo, la garra y afines. Toda una serie de poemas donde se presentan “dedos culebra”, “dedos chorreando sangre”, una “licantropía del guante”, “dedos rabiosos”, “...la voz de la montaña (...) armada de garras”, puede generar una atmósfera de inquietud.

Pe ro la verdadera fortaleza de *Fuegos del fénix* —que, como se ha visto, es también *juegos del fénix*— radica en su condición de libro excéntrico, de textualidad poética que se coloca a conciencia, como expresión de un proyecto propio, fuera del “centro” ocupado por la poesía que predomina en México. Con esta colección de poemas, Gabriel Weisz

se nos revela como un poeta con voz propia, audaz, valerosa, dueña de sí misma, sobre todo en lo que tiene de excesivo, epatante, perturbador.

Motivo más que suficiente para celebrar la publicación de este poemario, nada menos que por las muy prestigiadas prensas de la sevillana editorial Renacimiento. **U**

---

Gabriel Weisz, *Fuegos del fénix*, Sevilla, Renacimiento, 2006, 119 pp.

La verdadera fortaleza de *Fuegos del fénix* radica en su condición de libro ex-céntrico y de textualidad poética que se coloca a conciencia.